

dó solitario el pasillo, alumbrado tan sólo por dos mecheros de gas que la corriente de aire movida hizo titilar bruscamente, prestando á las paredes una movilidad fantástica.

Tuve entonces un escalofrío de miedo, al mismo tiempo que una intuición maravillosa que jamás he podido explicarme.

Recordé de improviso que el peluquero Joaquinito López tenía tres hijas feísimas, Marías las tres de nombre, llamadas por la burlona gente andaluza, para distinguirlas, María Satanás, María Lucifer y Mariquita de todos los demonios...

Y sin más antecedentes, ni más raciocinio, ni haber yo visto jamás á ninguna de aquellas tres Marías, convencíme hasta la evidencia, de que el avechicho pegado á la cola de la Porrata, era la menor de las tres *Pájaras verdes*, Mariquita de todos los demonios...

Y la tragedia horrenda que tres horas después había de seguirse, vino á probarme que no me había engañado; que Mariquita de todos los demonios, sin que uno solo faltase, era en efecto.



## IV

**R**ECUERDO que, no bien puse el pie en la calle, miré ansiosamente á una y otra parte, buscando á Boy con los ojos. Habíase adelantado unos pasos, y creíale yo víctima aún de la violenta turbación que las maliciosas razones de la Porrata le habían causado.

Vile á corta distancia parado en la acera, mirando tranquilamente al cielo encapotado, con la mano derecha extendida para calcular la fuerza de la lluvia.

Caía, en efecto, una menuda llovizna, y en el silencio profundo de la noche oí su voz burlona y sonora, que me gritaba sin la menor alteración, en su puro y vibrante timbre de barítono:

—¿Sabes, chico, que nos vamos á poner hechos una sopa?

«Al pallido chiaror  
Che vien degli astri d'or?»



Sentí ganas de pegarle; porque era la segunda vez en aquella noche que burlaba con sus prosaicas salidas mis novelescas imaginaciones; y así como el episodio de la Pierrette me había hecho creerle antes enamorado y mal correspondido, y andando en malos pasos por altas y peligrosas esferas, así también su escaramuza de pullas y frases con la Porrata, y su manifiesta turbación al oír el nombre de Joaquinito López, hiciéronme temer que tuvieran fundamento los chismes de las *Pájaras verdes*, y anduviese mi pobre amigo en compromisos y enredos por aquellas otras bajas y no menos peligrosas regiones.

Quise enviar por un coche, mas opúsose Boy diciendo que era indigno de marinos temer al agua dulce, y arrastróme del brazo, unas veces muy de prisa, otras muy despacio, importuno y juguetón como chico travieso que se propone impacientar á su ayo, emporcando sin piedad en el lodo sus medias de seda y sus zapatos de raso, cantando sin cesar, á grito pelado, aquel dichoso tema:

«Al pallido chiaror  
Che vien degli astri d'or»,

que con verdadero fundamento íbame ya cargando.

Porque hartó comprendía yo que todas aquellas petulancias infantiles y salidas de pie de banco no eran otra cosa que el prurito de estoicismo, hijo de su amor propio, que le había hecho desde niño encubrir con estudiadas frivolidades los brotes y sentimientos de su corazón generoso, sensible y hasta impresionable.

Díjele, pues, de pronto con alguna impaciencia:

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Algún disparate, sin duda.

—Quizá lo sea... Ya recordarás aquella definición del hombre: *Animal dotado de la facultad de disparatar*.

—No está mal dada... El género próximo y la última diferencia. Los burros no disparatan.

—Pues sin miedo de disparatar te digo —proseguí cada vez más impaciente,— que tu furor filarmónico, tan intempestivo y tan tonto, me recuerda aquel proverbio:

«Cuando el español canta,  
Ó rabia, ó no tiene blanca.»

—En lo de rabiar se equivoca el prover-



bio—me contestó gravemente;—pero en lo de no tener blanca, acierta, chico, acierta como si me viera hasta el fondo de la bolsa.

Y con mucha formalidad y sosegado reposo, comenzó á relatarme, mientras caminábamos, los graves apuros en que le tenían las deudas, polilla de los blasones, según él decía, grillete que ata á un caballero al mostrador de un canalla, y carcoma que destruye la paz de la vida en el corazón pundonoroso. Deudas todas las tuyas de niño, de chico, de verdadero *boy* de veinticuatro años, contraídas sin reflexión, sin malicia, sin guía ni consejo, sin medir lo que cobraba ni prever lo que había de pagar, con ese absoluto desconocimiento del valor del dinero, propio de los hijos de casas opulentas, que tan fácil encuentran el gastar, porque jamás han sentido ni visto de cerca las angustias y sudores que el ganar cuesta.

¡Qué verdad tan funesta para muchos de ellos, la de esta mal intencionada observación que algunos años después encontré en cierto libro: «Decir somos nobles, equivale á confesar que desde los tiempos más remotos nuestros abuelos han comido sin trabajar»!

Subían las deudas de Boy á una cantidad enorme para sus pocos años, de la cual solo una mitad escasa había disfrutado, por formar el resto la suma de monstruosos intereses acumulados, que subían y crecían sin cesar, como traidor oleaje que amenazara arrastrarle y ahogarle á la vista misma del puerto.

Porque tan sólo siete meses faltaban á Boy para cumplir su mayor edad, y esta fecha era para él la salvación y era la vida, puesto que podía entonces, según su honrado intento, reclamar la legítima de su madre y arrojarla íntegra, si era preciso, á los usureros, como arroja al camino la pieza más grande el cazador perseguido por lobos hambrientos.

Su altiva independencia había comprendido, quizá harto tarde, que una deuda es el principio de la esclavitud; que un acreedor es peor que un señor, porque éste no posee sino la persona del esclavo, y aquél posee la dignidad del deudor y puede ajarla y abofetearla.

Estrellábanse, sin embargo, estas leales intenciones de Boy contra un obstáculo que juzgué á primera vista tenacidad ó desconfianza de un usurero, y resultó más



tarde calculada perfidia de una mujer interesada y fríamente perversa.

Negábase uno de aquellos prestamistas á toda clase de esperas y arreglos, y era su crédito el mayor de todos, de once mil duros; vencía el 30 de Marzo (estábamos á 10), y hallábase consignado en escritura pública, con una circunstancia criminal que ponía á Boy en peligrosísimo aprieto, y suele ser estratagema harto común entre esos infames explotadores de la inexperiencia, la miseria y el vicio.

Figuraba Boy en aquella escritura como mayor de edad, atestiguándolo así una cédula personal falsificada, y era este delito la inicua garantía del usurero, que podía procesarle, en caso de insolvencia, por falsificación y por estafa.

Escuchaba yo todo esto pendiente de sus labios, interesado y suspenso, como quien va descifrando poco á poco un logogrifo; y seguro ya de que la historia de la Porrata podría ser exagerada y malévola, pero de ninguna manera falsa, aventuréme á preguntar tímidamente el nombre del prestamista, esperando escuchar el de Joaquinito López.

Mas con gran sorpresa mía contestóme Boy muy naturalmente:

—Es un tunante de Madrid que se llama D. Juan Martínez Colorado... Pero, según me han dicho, este Colorado no es sino un testafarro de un gran personaje político que da el dinero y tira de la cuerda entre bastidores.

—¿Estás seguro?—pregunté yo apurándole.

—Seguro, no—contestó Boy con su orgullosa indolencia de gran señor, que tan en apurado trance le ponía.—Porque claro está que no iba á meterme yo en averiguar filiaciones de semejantes canallas, ni en tratar con ellos directamente... Por eso, lo encargué todo á Bermúdez, el apoderado de mi padre aquí en Andalucía, y él lo arregló con Colorado... Bermúdez proporciónó la cédula falsa, de acuerdo con el usurero; y yo, ni supe una palabra de esto hasta después de tomado el dinero y firmada la escritura, cuando ya no tenía remedio, ni vi tampoco al tal Colorado, hasta el momento mismo de firmarla.

Conocía yo á Bermúdez, tenía le por redomadísimo tuno, y sospeché al punto un infame compadrazgo con el usurero, para explotar juntos á la confiada víctima.

—Pero de todos modos—prosiguió Boy



sea D. Juan Colorado, sea D. Juan Amarillo quien haya dado el dinero, para el caso es lo mismo; porque si se aferra en que no espera mi mayor edad, no hay arreglo posible.

—Yo veo uno sencillísimo...

—¿Retorcerle el pescuezo?...

—No; ese es demasiado radical y muy poco productivo... El remedio está en tomar tú la delantera, procesando á Bermúdez por falsificación y abuso de confianza.

—¡Oh, no, no!—exclamó Boy enérgicamente.—¡Eso, de ningún modo!

—Pero ¿por qué?... ¿No ha falsificado él la cédula, sin noticia tuya? No te consta que es un bribón que te engaña y te pone en peligro de presidio?...

—Sí; todo eso es cierto—repuso Boy titubeando.—Pero sería perderle..., y tiene hijos chiquitos, y soy yo padrino de uno de ellos.

Dijo esto Boy poniéndose colorado hasta el blanco de los ojos, con tan candorosa bondad, con sencillez tan honda y tan ingenua, que á pesar de todo su estoicismo, dejó por completo al descubierto los tesoros de sensibilidad y delicadeza que ocultaba su corazón, como perlas en el fondo

del mar, debajo del tumulto de las olas.

Saltáronseme las lágrimas, y hubiérale dado un abrazo á no estar seguro de recibir un cachete, como correctivo á mis exaltados brotes sentimentales. Comprendí también que sería inútil toda discusión con Boy sobre este punto, y cada vez más interesado, díjole entonces:

—Pues si no quieres procesar á ese tuno en justa defensa, todavía encuentro otro medio de arreglo.

—Como no sea adquirir otra deuda, ó casarme con aquella princesa del cuento, que cuando se peinaba con la mano derecha sacaba monedas de oro, y de plata si con la izquierda...

—No es necesario recurrir ni á usureros ni á princesas... Basta con que te acuerdes de que tienes verdaderos amigos.

Púsose Boy á silbar su maldito *al pallido chiaror*, que me crispaba los nervios, y añadí yo muy impaciente:

—¿Cuándo cumples la mayor edad?

—El 23 de Septiembre, á las diez y media de la noche, hará veinticinco años que vine al mundo, no sé si riendo como Zoroastro...

—Ó cantando *al pallido chiaror*, para castigo de Donizetti...



—De Rossini, querrás decir

—Del diablo, si tú quieres, con tal que calles y me escuches formalmente. ¿Cuándo vence el pagaré de ese Colorado?

—Dentro de veinte días: el 30 de este mes de Marzo en que estamos.

—Pues ya verás si es sencillo el arreglo —exclamé yo gozosísimo, dándole una gran palmada.—El 19 de este mes cumplo yo también la mayor edad, y entro en posesión de lo mío, que es muy suficiente para poder entregarte en el acto, sin apuro de ningún género, cuanto debes á ese mal bicho...

—Vamos, señor rumboso—me interrumpió Boy empujándome con el codo;—aun no ašamos, y ya pringamos.

—¡No, no!—exclamé yo casi colérico;—porque cuando llegue la hora de pringar, ya estará el asado listo... El 19 tomo yo posesión de mis bienes, y el 30 pringas tú, es decir, pagas tú á ese Colorado, ó Amarillo, ó Verde limón, ó como se llame... Y allá para Septiembre, ó para el día del Juicio, ó para cuando tú lo tengas, que será nunca, me devuelves mi dinero, y *laus Deo*, ó si te parece mejor, *pata*.

Decía yo todo esto muy de prisa, emo-

cionado, con esa noble sinceridad de la juventud que brota del corazón, como del cáliz de una flor brota su perfume, y mi voz temblaba conmovida, y confundía y trastrocaba las palabras con ese pudor delicadísimo del verdadero cariño, que al hacer un favor parece que lo recibe, y se hace tímido y se avergüenza y ruboriza al ofrecer, como pudiera ruborizarse al pedir.

Boy, por el contrario, no cesó un momento de silbar su pesada canturria, y sólo una vez, por espacio de un segundo, sentí temblar la mano que apoyaba en mi brazo, y oprimirlo dulcemente... ¡Pobre Boy, amigo, hermano de mi corazón, á quien pude decir siempre lo que al héroe Rama dijo el ave divina Garula:

—¡Soy tu amigo y como una segunda alma que tienes fuera de tí!...

Arrepintiése, sin embargo, de haber dejado escapar aquella levísima muestra de la emoción que mi sencillo cariño le causaba, y paróse de pronto ante una magnífica estatua ecuestre, colocada recientemente en la gran plaza que á la sazón atravesábamos.

Era aquella estatua la del Duque de N\*\*\*, el heroico caudillo de la guerra de la Inde-



pendencia, que libertó á X\*\*\* en 1810, realizando la inconcebible hazaña de atravesar con 11.000 hombres escasos, por en medio del formidable ejército de Dupont, tomarle la delantera y llegar á tiempo á X\*\*\* para quemar, por mano del verdugo, ante las Casas Consistoriales y en aquel mismo sitio en que entonces se levantaba su estatua, los pliegos que dirigía José Bonaparte á la Junta Central, haciendo traidoras proposiciones de arreglos. Era el Duque de N\*\*\* ascendiente muy próximo de Boy por la línea materna, y habían colocado allí su estatua con gran pompa y aparato, tan sólo dos meses antes.

—¿De quién es esta estatua?—preguntó Boy con su naturalidad desesperante.

—Ya debías conocerla.

—No estoy presentado.

—Pues resulta extraño que sea necesario presentarte á tu abuelo... Es el Duque de N\*\*\*.

—¿De veras?—exclamó Boy con el mayor alborozo.—Eso es; mi bisabuelo..., padre del padre de mi madre... ¡Pobre señor!... Y me pasaba yo de largo, sin darle las buenas noches... ¡Abuelito querido!... ¡Ya notaba yo que el corazón me decía

algo!... ¡Lo que tira la fuerza de la sangre!...

Y sin que pudiera yo prevenirlo, ni menos evitarlo, saltó de un solo brinco la verja que circundaba el monumento, y con aquella agilidad maravillosa que envidiaron mil veces los mejores gavieros de la Armada, escaló en un segundo el altísimo pedestal, y vile primero de pie junto á la estatua y sentado un momento después á la grupa del caballo.

Fué tal mi furia al ver interrumpidos de tan pueril manera los graves planes que combinábamos, que comencé á gritar, llenando á Boy de denuestos y agitando los puños cerrados en lo alto, como un pequeño Ajax de *paletot* y sombrero de copa alta, que amenazara á los dioses encaramados en el Olimpo.

Rióse Boy de mi furor, en aquellas verdaderas alturas de los héroes que tienen apoteosis, y oí resonar en ellas dos besos sonoros y apretados como los de una campesina á su hijo, y un «¡Buenas noches, abuelito!» tierno y cariñoso, como el del nieto más mimado al abuelo más de carne y hueso.

Vile después, á la escasa luz que las farolas proyectaban en lo alto, de pie sobre



la grupa del caballo, abrigando con su propio *par-dessus* las marmóreas espaldas de su abuelo, mientras decía muy cariñosamente:

—¡Cáspita, abuelito, qué frío estás!... Es menester abrigarte...

Volvíme entonces de espaldas, con despreciativa majestad, pateando impaciente, la mano en la cadera, el puño aun enarbolado, y oíle reír á carcajadas gritándome desde sus alturas:

—No te montes á la heroica, Burundita, que me recuerdas aquel portugués de Camoens.

Y haciendo prodigios de equilibrio en la grupa del caballo, púsose á declamar:

«A mão na espada, irado e não facundo,  
Ameaçando a terra, o mar e o mundo!...»

Seguía yo pateando, sin volver la cara, y arrojóme entonces su puntiagudo gorro de pierrot, con tan acertada puntería, que vino á derribar mi flamante *clack* de raso, haciéndolo rodar por el suelo.

Y aun no había yo tenido tiempo de inclinarme á recogerlo, cuando ya Boy me apretaba entre sus brazos, impidiéndome

el juego de los míos. Había dejado el gabán abrigando las espaldas del abuelo, y venía mojado todo, roto y manchado el rico traje de pierrot y destrozados por completo los encajes de la chorrera y los vuelos.

Forcejeaba yo por desasirme de sus brazos, ni más ni menos que en aquellos tiempos del Colegio Naval, en que, á fuer de íntimos amigos, contábamos por horas las cachetinas y pependencias. Mas no era fácil violentar aquellos músculos de acero, y no pudiendo dar suelta á las manos, díla á la lengua, llenando á Boy de improperios.

Mi elocuencia fué breve y concisa, como la de un Tácito enfadado que se propone condensar el denuesto. Llaméle botarate, extravagante, cabeza de chorlito, chiquillo mal criado, niño perpetuo, y no sabiendo ya qué decirle, llaméle Zenón postizo y Epicteto derrochador, que se gastaba cien duros en un traje de máscara para lucirlo veinte minutos en un baile, y destrozarlo luego en peligrosas ascensiones, dignas de un *clown* de plazuela.

—¡Si no es eso, si no es eso!—gritaba Boy sin dejar de reír, ni tampoco de sujetarme.—Lo que te sulfura es que sientes



mis cosas más que las tuyas propias; que me ves entrampado, que me crees perdido, y teexaspera que no me apure yo como tú te apuras, ni me entren ganas de desesperarme, ni de ahorcarme... Pues ¡cómo ha de ser, hijo mío!... Antes de exponerse al peligro, es menester preverlo y temerlo; pero una vez en él, no hay más remedio que despreciarlo... Yo no hice lo primero, y me pesa; déjame hacer lo segundo, Burundita mío, con calma, con filosófica calma.

«Cada vez que considero  
Que me tengo de morir,  
Tiendo la capa en el suelo  
Y me harto de dormir.»

—¡Mentira!... ¡Mentira! — grité yo aun más furioso al ver que el grandísimo tuno calaba mis sentimientos.—Á mí me importan tres pitos tus cosas... Y si te ahorcan, te tiraré de los pies con mucho gusto... Y el día que te lleve el diablo dormiré muy tranquilo, llámese ese diablo Colorado ó Amarillo, ó cualquier color del arco iris.

—¿Qué habías tú de tirarme de los pies, Burundita mío?—me dijo el pillastre poniendo el dedo donde más me dolía.—

Si me ahorcan, te ahorcarás tú á mi lado y nos enterrarán juntos como á

«Los amantes de Teruel,  
Tonta ella y tonto él.»

—Lo que á ti te duele, envidiosillo empecatado—prosiguió con cierta especie de cariñosa sorna que sólo en él he conocido,—es que cuando estabas dogmatizando como un doctor de la Sorbona, te dejé con la palabra en la boca porque se me ocurrió dar las buenas noches á mi abuelo, y estuve con él más cariñoso que lo estoy contigo mismo... No te apures por eso, monín; si yo te quiero muchísimo; mucho más que á todos mis abuelos, sean de carne, sean de piedra... ¿Lo ves?... ¡Toma! ¡Toma!...

Y me plantó en cada mejilla un par de besos, más sonoros y apretados que los que había dado antes al marmóreo caudillo de la guerra de la Independencia.

Noté entonces que le chorreaba sangre la mano izquierda por habérsela herido en un bronce del pedestal, y apagóse mi furia de repente como si me diese el corazón que no era aquella la única sangre que había de derramarse en aquella noche funesta.



Púsose él también súbitamente serio, y dejóme libre al punto. Arranquéme entonces del cuello el *foulard* blanco que llevaba, y sin apearne de mi dignidad, sin volver la cara siquiera, extendí la mano por la espalda, con el aire de un Alejandro ofreciendo una venda á Darío.

—Véndate eso—le dije.

Alargó él la punta del pie hasta recoger el pañuelo de mi mano, y atóselo en la suya, diciendo con mucha gravedad, como si respondiese á sus pensamientos:

—¿Sabes que para estar tan próximos á la mayor edad, somos los dos bastante chiquillos?...



## V

ERMÁRONSE las paces, por tácito acuerdo, y proseguimos nuestro camino uno al lado de otro, como Diego Ordóñez y Arias Gonzalo cuando el reto de Zamora.

Había cesado la lluvia y era la temperatura tan suave y apacible como suele ser en Andalucía el mes de Marzo.

Hallábanse las calles solitarias, á obscuras muchas de ellas, y reinaba en todas ese profundo silencio de la noche, que la sosegada vida de provincia hace comenzar tan temprano.

Entramos por una calleja estrecha y tortuosa, como en las antiguas ciudades morunas se encuentran á cada paso. Marchaba Boy delante, pegado á la acera, y en un período, al parecer, de perfecta calma y reposo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO